

---

# **LA RAZA ANTIOQUEÑA**

**LIBARDO LOPEZ**

## ADVERTENCIA

Los artículos que reproducimos en seguida en primer lugar, vieron ya la luz pública en “La Organización”, periódico para el cual fueron escritos, en el lapso de tiempo transcurrido del 25 de Noviembre de 1908 al 25 de Enero de 1909. Desde entonces, tuvimos la intención de formar con ellos un folleto; pero, habiendo dado el carácter de provisionales á las conclusiones allí sentadas, nos prescribimos una espera, á fin de ver si pluma más diestra y cerebro mejor nutrido que el nuestro las rectificaban, como en esa ocasión lo declarámos. Luego, hemos ido descuidando la empresa, hasta el día de hoy, en que nos ha parecido oportuna la reproducción, por el triunfo obtenido en la elección de un antioqueño para Presidente de la República, hecho en el cual a nuestro modo de ver, ha influido de una manera poderosa, si no decisiva, la preponderancia de la colonia antioqueña en Bogotá.

Son apenas breves apuntes destinados a provocar el estudio del pueblo antioqueño, y en manera alguna llevan la pretensión de un análisis completo y de conclusiones definidas. Simplemente nos ha parecido que un pueblo de tan excelsas cualidades y de tan grandes defectos, como el nuestro, merece ser especialmente estudiado, para procurar, en cuanto sea posible, destruir ó aminorar los últimos sin menoscabo de las primeras. Esa tarea corresponde á la generación actual, y su fin principal debe consistir en establecer un sistema pedagógico propio y conducente.

Según la opinión más general, y á la vez más verosímil, no es posible modificar los caracteres de un pueblo, ó digamos, de una raza, sino por la educación, si es que hay alguna probabilidad de modificarlos. Pero la educación no da resultados medianamente seguros, si los métodos no se sacan del estudio de la raza y se formulan según sus caracteres peculiares y con una tendencia final justificada por el progreso que se desea alcanzar. Los visos que el pueblo antioqueño muestra de tomar un sus manos la hegemonía del País, determinan desde luego la necesidad de conseguir para la Patria los mayores bienes de esa preponderancia. Por eso, es menester averiguar cómo se obtiene el mayor grado de cultura, sin perjuicio de las condiciones que acreditan su potencialidad.

Debemos advertir, en primer término, que, aunque dichos escritos aparecieron en época en que la libertad de la Prensa estaba reprimida; aún más, á pesar de que, apenas salido el primer

artículo de los correspondientes á los datos sobre nuestro pueblo, recibimos un apercibimiento del Gobierno en que se nos intimaba el abstenernos de tratar asuntos de razas y que pudieran despertar luchas entre los distintos pueblos del País, apercibimiento que se publicó al frente del segundo escrito, no fué esto parte á que tratáramos el punto con menos amplitud de la que deseábamos. Así es que, si se advierten algunas perifrasis, podemos asegurar que poco influyó en ellas el temor de las sanciones legales; hubo otras circunstancias que nos obligaron á velar nuestras intenciones; de manera que, si hoy intentáramos rehacer íntegramente nuestro estudio, como factor insignificante influiría en la exposición la libertad de que hoy disfruta la Prensa por parte del Gobierno.

Debemos observar, además, que las ideas que en aquella ocasión nos sirvieron de base para disertar, las pusimos como punto de partida sin prestarles nuestro entero asentimiento. Tomámos como norma de criterio los principios que el Dr. Gustave Le Bon describe como distintivos de una raza, y nos apoyámos en ellos para contradecir las conclusiones que él aplica á la latina para condenarnos á la decadencia definitiva y prematura. Nuestro empeño fué, pues, demostrar que desde el punto de vista general del Dr. Le Bon, y con los caracteres que él le asigna á toda raza digna de tal nombre, el pueblo antioqueño no puede calificarse entre los tipos de etnografía confusa, de espíritu movable, que venden su primogenitura por un plato de lentejas y se dejan absorber por el primer llegado. En aquella oportunidad nosotros no creíamos que los solos caracteres de raza fueran la causa de la prosperidad ó decadencia de un pueblo, y por eso nos curámos bien de comprometer de una manera absoluta nuestra opinión con la del sabio francés.

Más convencidos hoy de que deben, al estudiarse estos asuntos, tenerse en cuenta otros puntos de vista, nos parece conveniente dejar constancia del de Gumplowics, sabio sociólogo polaco, quien describe, en la forma que se verá en seguida, el desenvolvimiento cíclico de la civilización. La teoría de Gumplowics es un poco exclusivista; pero la base económica que la informa, tiene la verosimilitud de las verdades matemáticas. Prueba de ello es el hecho de que los párrafos que vamos á copiar parecen escritos como para el pueblo antioqueño, del cual el autor no debió de tener noticia ninguna. Estimamos, además, que el nervio del desenvolvimiento de los pueblos está en lo económico, sin negar la complejidad de los fenómenos sociales, por la cual sería imposible separar unas de otras las causas productoras de su fisonomía propia y de su empuje peculiar. Hé aquí los párrafos á que nos referimos:

“En un pueblo primitivo, por consiguiente pobre desde el punto de vista económico, la sola necesidad que experimentan instintivamente los hombres después de la conservación personal, es la de la reproducción del género. Allí se procrean muchos hijos, y la población aumenta considerablemente.

En los pueblos de un alto grado de civilización, el hombre desea asegurar, en cuanto es posible, á sus hijos una existencia material mejor que la que ha tenido en herencia. En los pueblos de un grado inferior, por el contrario, un deseo de este género no puede restringir el aumento de los nacimientos, y eso por una razón muy sencilla; y es: que todo sér humano representa en ellos una fuerza de trabajo más, lo que ya contribuye á mejorar la situación. Una familia que no posee nada se aumenta, pues, sin cuidado, porque los miembros futuros de la familia no estarán peor dotados, bajo el concepto de la propiedad, que los miembros actualmente vivos. Y hasta el aumento del número de los trabajadores dará más bienestar á toda la familia.

Tal es la razón por la cual la población aumenta grandiosamente en los pueblos de un grado inferior de civilización y de bienestar. En tanto que dura este movimiento de aumento, representan, frente á otras comunidades, una potencia de población ascendente que, en el interior, puede apoyarse sobre su producción también ascendente. Una población que marcha así á la prosperidad económica puede perfectamente constituir la base de un sistema político dominado por una minoría muy instruída y civilizada; ella forma después, en su desarrollo normal, los cimientos del poder político de ese Estado. Pero no puede dejar de suceder que en el curso del desarrollo de dicho Estado las capas inferiores del pueblo se eleven á un grado superior de civilización y de bienestar; desde entonces, el cuidado del bienestar de la posteridad comienza a debilitar el movimiento de los nacimientos. La indiferencia de otros tiempos, compañera de la pobreza, deja sitio á una ‘sabia previsión’, y la población se hace estacionaria y acaba por retrogradar. Por tanto, la comunidad se hace más débil en población que una comunidad que no se encuentra todavía en esa fase de ‘refinamiento’, lo que acarrea la debilidad económica y la decadencia política, en tanto que otra comunidad –ésta todavía en un grado inferior de desarrollo, todavía una clase proletaria que es pobre y que, por consecuencia, está en vías de desarrollo normal- consigue la victoria, gracias á su poder de población.

Tales son las causas reales, siempre y por todas partes activas, que producen el movimiento cicloidal en la vida de los pueblos y de los Estados, y que explican por qué naciones muy desarrolladas, con toda su civilización, son siempre aniquiladas por ‘hordas de bárbaros’.”

Mientras el asunto de las razas acaba de discutirse y esclarecerse, bueno es ver que, aun prescindiendo de su existencia real, el desenvolvimiento de los pueblos puede explicarse sin tener presentes los caracteres étnicos de cada grupo de humanos.

Hemos puesto en segundo término los que se refieren á la refutación de algunas ideas corrientes en materia de estudios y á la dirección que, en nuestro concepto, debe darse á la educación, porque, aunque la mayor parte de esos artículos fueron publicados antes que los relativos á la raza antioqueña, aquéllos están informados por la idea que tenemos de las condiciones actuales de nuestro pueblo, y son, por lo mismo, una deducción que tiene por base tales condiciones, y por orientación, la que debe seguirse para enderezar sólidamente nuestra educación, dada la materia prima, que la forma un pueblo en estado casi primitivo, y teniendo en cuenta que la evolución no puede realizarse por saltos. Tomar lo que hay, sin forjarnos la idea de que las cosas son como nos fuera más placentero verlas; fijar de un modo claro el ideal de progreso hacia el cual se quiere marchar, y, luego, ver hasta dónde puede influir la acción refleja individual sobre la lenta evolución de la sociedad; tál es el método que hemos tratado de aplicar en estos estudios.

En último lugar, hemos venido en reimprimir nuestro llamamiento á la Prensa del país, que es el exponente del esfuerzo renovado en pró de nuestra propia cultura, porque es evidente que no todas las energías deben gastarse en ver cómo se educa á la generaciones venideras; debemos dirigir parte de esas energías á nuestra propia educación, pues no estimularía suficientemente á los demás la disciplina que los de la generación presente no aplicásemos absorbe nuestras propias carnes.

**LIBARDO LÓPEZ.**

---

Medellín, Julio de 1910

**PRIMERA PARTE**

# LA RAZA ANTIOQUEÑA

## I

Conviene quizá en los períodos difíciles de los pueblos, aprovechar el desastre de anteriores prejuicios, la ruptura de los moldes viejos que se empeñaban en traernos un progreso que al fin se han declarado impotentes en conseguir, para acabar la demolición de tuestos inútiles y recoger aquellos que guardan proporciones con la obra emprendida. Los antiguos sistemas de felicidad han llegado á un completo descrédito, y todavía estamos perplejos sin saber á qué santo encomendarnos. Pero, en medio del desconcierto, ¿todo habrá de ser lamentaciones y gimoteos? Reconozcamos honradamente qué es lo que ha naufragado, y no nos empeñemos en sacar del agua un clavo arrojando otro. Liquidemos el saldo, y veamos lo que ha de hacerse en seguida.

El Dr. Gustave Le Bon, en su obra titulada *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, dedica un capítulo á probar que los países de la América latina, comparados con los de otra, le sirven para confirmar su opinión sobre la decadencia de la raza latina en general. Su argumento de fondo es de una apariencia desconsoladora, cuando afirma estar en la raza el secreto de que instituciones semejantes hayan producido en el Norte el progreso de pujanza nacional y en virtudes cívicas, mientras en el Sur á toda clase de inmoralidades privadas se suman como resultado Gobiernos que en realidad son autocracias más absolutas que la del Zar de todas las Rusias, con el agravante de que están al abrigo de la censura é importunidades europeas.

Citámos desde al partir la obra que tomamos por base para ver cuáles de estas apreciaciones convienen á nuestra tierra y cuáles no, no porque pretendamos la atrevida empresa de rebatir el sabio estudio, sino porque, siendo tan debatido el postulado de las razas como origen del progreso y su adaptación, tan indefinidos los llamados caracteres de raza, puesto que ni en la existencia de éstas han logrado convenir los sabios, nuestras apreciaciones necesitaban una guía, y ésta hemos escogido. Con la valentía que nos caracteriza para afrontar equivocaciones, vamos á exponer algunos conceptos sobre la raza que conocemos, la que se ha llamado antioqueña, admitiendo como raza lo que define el Dr. Le Bon. Puede que los dislates que nosotros sentemos, les sirvan de estímulo á observadores más competentes para estudios

más serios. Por no conocer el resto del país, no se nos ocurrirá nada respecto de otros núcleos que en él existan con los lineamientos que exige este autor y que les sirven á él y á muchos otros para decir que estas Repúblicas son meriendas de negros, producidas por una organización mental de orden inferior.

Talvez nos ciegue el cariño á la tierra; pero, al leer pasos como éste sobre nuestra raza: “Las causas (de la decadencia) están del todo en la constitución mental de una raza que no tiene ni energía, ni voluntad, ni moralidad. La ausencia de moralidad, sobre todo, sobrepaja á todo lo peor que conocemos en Europa”; al leer esto, repetimos, hemos mirado en derredor, y hemos encontrado mucho de lo que él apunta como característico de la raza anglo-americana. “Los salientes de esta constitución, dice, en el punto de vista del carácter, son: una suma de voluntad que pocos pueblos, salvo los romanos quizá, han poseído; una energía indomable, una grande iniciativa, un dominio absoluto sobre sí, un sentimiento de independencia llevado hasta la insociabilidad excesiva, una actividad poderosa, sentimientos religiosos muy vivos, moralidad fija, idea clara del deber”.

Nosotros mismos, en esta hoja, hemos señalado algunas condiciones de nuestro modo de ser actual. Conjunto de defectos acaso originarios de condiciones naturales, acaso fomentados por una educación torcida. Hasta donde nos ha sido posible, hemos señalado defectos é indicado su remedio. Pero no todo es malo; y, como decíamos al principio, tiempo es de estudiar lo bueno y enderezarlo en la mejor dirección posible. Por eso, nos hemos preguntado: “¿Habría aquí un núcleo que pueda llamarse raza, según las ideas de Le Bon?”

## II

Sí, aparte las condiciones anatómicas, lo que define una raza superior es el carácter ó energía moral, en virtud de la cual el pueblo forma un bloque refractario á toda asimilación; si la síntesis de la manifestación de raza superior es el formar el carácter de un pueblo –como dice Le Bon: “la roca inconvencible que la ola debe batir día tras día durante siglos, antes de obtener siquiera limar sus aristas; el equivalente del elemento irreductible de la especie, la tela natatoria del pez, el pico del pájaro, el diente del carnívoro”- y si el exponente de ese carácter consiste en el vigor con que se anulan los elementos extraños, ya éstos penetren en el pueblo, ó ya sufran

su invasión, no es difícil concluir, conforme á esas ideas, que hay un lugar en la América latina en que existe esa roca ideal de una raza superior, y ese lugar es Antioquia.

Varios siglos han transcurrido desde que empezó á formarse este pueblo, y el oleaje de las inmigraciones pacíficas como el de las invasiones armadas ha sido impotente aun contra sus más groseras aristas. Durante esos siglos, han venido aquí varios individuos de la raza anglosajona, la raza incontrastable del Dr. Le Bon, y sólo han tenido inexorablemente los dos caminos abiertos en pueblos superiores; el regreso, ó la fusión. Desde Suecia hasta Italia, todas las naciones del globo que lo han querido, han engalanado la lista de nuestros apellidos; pero ninguna de ellas ha puesto aquí una pica. Les debemos algunos conocimientos importados; mas el Dr. Le Bon dice que nada tienen que ver en esto los descubrimientos de la inteligencia, que son patrimonio de la humanidad, y que se transmiten de pueblo á pueblo sin alterar caracteres de raza.

Como punto cardinal de los escritores que creen en estas cosas, hay una raza superior donde la colonización por otras razas reconocidamente colonizadoras es imposible. Además; nueva demostración de superioridad de dicha raza es el ser ella expansiva sin perder su carácter para fundirse en otra en la expansión. En ningún pueblo de Antioquia ha sido posible —repetimos— fundar colonia extraña alguna. Por el contrario, lejos de las antiguas fronteras regionales se van formando pueblos de nuestra raza, ante la cual los aborígenes van desapareciendo lentamente. En la misma capital de la República hemos tenido el placer de la noticia reciente de una protesta popular contra los elementos antioqueños, protesta que es, sin duda, un grito de asfixia, sobremodo consolador para quienes hemos sido antirregionalistas.

Y conste de una vez que lo somos. Antes que las Leyes y los Decretos oficiales borrasen las fronteras de Antioquia, éstas se habían borrado por obra y milagro de una raza, de un pueblo á quien se ha llamado laborador de la dura cerviz y del hogar cristiano. Nosotros no hemos dejado de ser patriotas de Colombia, y es porque no hemos entendido aún las mezquindades de fronteras preteridas de hecho. Nos hemos acomodado al concepto de que, no las fronteras, sino la raza, es lo que nos importa, sin duda por nuestro afán de mantener vivos los anhelos patrióticos, sin perder el carísimo interés por una raza de que no puede abjurrarse sin cobardía. No entendemos la solidaridad de un pueblo bajo la condición resolutoria de las líneas geográficas. Si los antioqueños que han nacido fuera de Antioquia son hijos de los más vigorosos tallos, pues que han sido capaces de sobresalir de entre el follaje en busca de más sol

y más aire, el negarles la patria sería lo peor para nosotros, porque sería como no querer pertenecer á la misma raza de los Conquistadores según feliz idea de Unamuno. Lo que más define el carácter de nuestra raza es la potencia expansiva é infusible; de modo que si algunos ostentan mayor superioridad que los antioqueños de Antioquia, son los antioqueños de Colombia.

### III

Una de las condiciones que sirven para averiguar si un pueblo tiene caracteres de raza, es la faz religiosa. Es el lineamiento primordial, puesto que en él está la base moral de la organización de la sociedad, y tal base informa el carácter. El ser más ó menos estable el acervo de creencias, indica que hay una transmisión hereditaria constante que ha logrado compactar y endurecer las creencias, hasta darlas una fijeza que resiste al tiempo y á otras modificaciones de orden psicológico. Al decir de Le Bon, distingue á los seres inferiores una movilidad extrema de carácter y grande imprevisión, mínima dosis de atención y reflexión, incapacidad de observar y de sacar de la observación resultados útiles. "Sólo les guía el instinto del momento. Como Esaú -tipo del primitivo- venderían gustosos el derecho de primogenitura por un plato de lentejas". Tenemos un vago recuerdo de haber oído aplicar estos calificativos á nuestros conciudadanos. Veamos lo que son ellos verdaderos en el aspecto religioso.

Desde sus comienzos consagró en su seno la fé cristiana, la que se ha ido transmitiendo en no interrumpida sucesión hereditaria, cada día más acentuada é inviolable. Como el viejo castellano, el antioqueño, á pesar de su arraigada fé, por espíritu de independencia no prescinde de ciertas herejías y decires censurables, hijos de acendrada confianza en que no le dañan y resuelto á enmendar con tiempo la plana. Y, como el cristianismo en todo su vigor pone algunos obstáculos al negociante que lucha por la vida en una tierra árida, ha buscado la manera de adaptación con que nuestro autor dice que reciben las verdaderas razas toda creencia; acomodándola á sus necesidades. Así, ha tomado á la religión lo que era menester para la solidez del hogar, y ha mermado en ella lo que entorpece para la vida, sacrificada toda á los lares. Ninguna modificación ha sido posible, aunque los vientos de ateísmo soplen por estos lados con fuerza de huracán. Nuestros ateos y materialistas han sido todos católicos, apostólicos y romanos á la manera antioqueña.

Sólo algunos apóstoles laicos, cuya fé avara indica inseguridad, de esos que, al manifestarse temerosos del cisma, más parecen considerar deleznable su propia fé que la ajena, sólo ellos, decimos, han soñado, que no visto, legiones de gigantes que invadían la feligresía antioqueña. Ha sido un empeño detestable de hacer divisiones, caldear rencillas, y turbar la paz de estas montañas, con cismas religiosos inapreciables, sobre todo ante los horrores de una guerra fundada en cismas imputados, pero no imputables. Dejamos aparte con todo respeto las censuras y prohibiciones eclesiásticas. Lo que no nos parece es que se haga capítulo de diferencias minúsculas contra la roca de la religión, y que se le acuse de falta de fijeza en sus creencias á un pueblo en que los sectarios de otras religiones guardan los sacramentos cristianos del bautismo, el matrimonio, y la comunión, á la hora de la muerte ó antes. No vale para probar en contra de nuestra tesis el que aquí se quieran partir el sol los que asisten á la misa de doce, con los que van á la de cinco.

Pero hay todavía una prueba más segura de cuán incontrastable son las creencias en este pueblo. Poco después de haber sido dominados en los campos de batalla los herejes de misa de cinco, vino á esta ciudad un pastor de una religión favorable al libre pensamiento, muy en boga entre los vencidos, á los cuales se abría amplio camino bajo la protección de una bandera poderosísima, asentada en la raza que es el número primero en la humanidad actual, según varios autores. Las circunstancias no podían ser más favorables, y habría sido lo natural en un pueblo primitivo ejercitar el espíritu de imitación, la movilidad de carácter, y vender el derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Sin embargo, al cabo de veinte años de paciencia y bondad, de munificencia y de brega colosal, el respetable Pastor regresó á su patria, convencido sin duda de que entre nosotros el libre pensamiento es católico, apostólico, romano; de que las creencias de este pueblo son resultado de la concreción hereditaria y lineamiento firme de una raza poderosa, al abrigo de todo embate, así de la extraña herejía, como del jacobinismo católico interno.

#### IV

Desde nuestro escrito de 5 de Agosto último, titulado *El Gitanismo*, habíamos consignado la diferencia que hace el antioqueño entre su vida de hogar y la de los negocios y demás relaciones interpersonales. Permítasenos recordar lo que antes dijimos: "Y no nos escudemos con nuestra satisfacción de cumplir bien los deberes que simplemente se refieren á la vida; eso querría decir

que, si hay distancia entre nuestras teorías morales y nuestro modo de ser práctico (vulgo, coeficiente de seguridad), la hay mayor entre nuestro comportamiento puramente personal y el social. No parece en nuestros brotes generales de vida colectiva el buen padre de familia; lo que se encuentra allí es el gitano redomado. La taimonía es el disfraz que adoptan nuestros buenos padres de familia para el carnaval de los negocios y de la política.”

Parécenos necesario al examinar los caracteres de este pueblo –ya que se ve á las claras que por las vías de la paz y del trabajo es refractario á la asimilación pasiva y de irresistible vigor para la activa- hacer un ensayo para darnos cuenta de su fisonomía moral, pues parece un contrasentido á primera vista esto del gitanismo en los negocios, en las Ciencias, y en la Política, concomitante con cualidades morales que lo definen como raza enérgica llamada á grandes destinos. Hemos tratado de explicarnos esta antinomia, y hemos llegado, por ahora, á estas conclusiones.

Bien sabido es que la familia es la base de la sociedad; y es natural que los pueblos que por circunstancias religiosas, geográficas, ancestrales, y de quién sabe cuántas otras clases, han logrado constituir familias bien organizadas, consagren preferente atención á conservar lo adquirido, no atreviéndose á entrar en ensayos, por falta de la imaginación exacta de las ventajas que traería un cambio, Supongamos, por ejemplo, que los españoles establecidos en Antioquia carecieron durante medio siglo de mujeres de su misma raza con quiénes conllevar la vida. En tal supuesto, fácil es imaginar cuánto cuidado consagrarían y qué exclusivismo tan feroz sería el de aquellos que lograban una india ó mestiza presentable ante el ara santa del matrimonio. Supongamos todavía que hubo raptos para conseguir esposas, como los que hicieron los fundadores de Roma con las sabinas. Para esos conquistadores, el cuidado de la esposa y de las hijas debió de haber sido asunto de consumir las horas del día y de la noche. De la una parte la religión que traían, y de la otra, la escasez de los primeros tiempos, debieron de ser circunstancias que agujoneaban el exclusivismo é iban formando el órgano de la vigilancia y el cariño avaro á la familia, que hoy tiene la consagración de varios siglos y los caracteres de una estratificación inconsciente y de orden general.

Un pueblo en la forma que imaginamos, al cabo será un pueblo á tál punto celoso de los fueros de la familia, que el padre, ó jefe de la casa, quienquiera sea, puede ausentarse á buscar la vida en la seguridad de que los vecinos y conocidos cuidarán de la incolumidad del hogar; será un pueblo vigilante en masa de la moralidad sexual de cada hogar. Será convenido entre

sus ciudadanos, por fuerza de la costumbre secular, que todo va en el juego, puertas afuera, pero puertas adentro está la sagrada familia, cuyo respeto arranca en la religión y á la vez es dogma de fé social, por ministerio del exclusivismo sempiterno sobre las sabinas secuestradas. Será entonces la familia un límite á las relaciones sociales, un muro contra la extranjería en hombres ó en creencias que no se amolden, más que al respeto, á la vigilancia recíproca consuetudinaria. Y será entendido que para el sostenimiento y prosperidad de esta familia, toda idea moral ó religiosa, toda regla de negocios, todo escrúpulo político, habrá de ceder justificadamente.

Se establecerá entonces lo que se ha llamado la Moral visigótica, que consiste en no escandalizarse á fondo sino por cosas ó dichos que afecten al pudor sexual. Los mismos castellanos de hablar descosido, irán refrenando la lengua, y la crítica de los escrupulosos no recaerá sobre los robos, estafas, injusticias, tropelías, y asesinatos, ya representados, ya reales, sino sobre las escenas ó palabras libres. Y vivirán, sin menoscabo de la raza, adentro, el intachable hombre de hogar; afuera, el gitano taimado.

Puede que no sean las anteriormente imaginadas las causas reales de la formación actual de la familia antioqueña. Cualesquiera otras que se hallen, vendrán á concluir en que el hogar lo informa y lo domina todo, en que es la estructura del hogar lo que constituye la faz de uniformidad moral de este pueblo, lo que le da su fuerza contra toda infiltración, sea ésta de la clase que fuere.

## V

Una raza como la antioqueña, cuya psicología la componen las dos bases fundamentales de la religión y la familia, debería ser el más firme apoyo de la paz pública. No obstante, se ha dejado arrastrar á la guerra civil con lamentable frecuencia. Hé aquí otra contradicción que trataremos de explicarnos.

No depende ello de inconstancia intelectual, en que un pueblo especialmente impresionable, por defecto orgánico ó mental, ande de una en otra desorientación, agitando su carácter movedizo al tenor de vientos varios. Nó, Se ha dejado arrastrar, como todos los pueblos de la tierra, por conductores enterados de que hiriendo las fibras de su psicología podían ponerse en juego sus nervios. En términos más claros; nuestro pueblo, en general, no ha ido á la

guerra á buscar ideales políticos, pues en la psicología de esta raza no hay más que las ideas apuntadas, sino á defender su religión y su hogar. Bien lo han comprendido así sus conductores cuando en los programas de guerra, fuera de la palabrería sonora é ininteligible al pueblo, tocaban como resorte decisivo ataques supuestos de los esclavos del demonio á la religión y al hogar. Sin estos dos motivos fundamentales, rara vez habrán sido soldados los antioqueños sino á la fuerza. De modo que lo que se ha explotado aquí no es la movilidad del carácter; al contrario, la estabilidad de éste es la que ha dado asa á Jefes, quizás engañados ellos mismos, para aprovechar esas ideas encarnadas, hacer creer que se las hiere, y llevar á la matanza á hombres que jamás se han dado cuenta exacta de lo que ganaban al fin de cada contienda.

Prueba de lo que venimos diciendo es –para no entrar en detalles enojosos- que Antioquia federalista y grata á las libertades públicas, ha hecho sacrificios heroicos contra estas dos metas políticas. Si Antioquia preguntase á sus hombres qué favor pretendían hacerla luchando contra la federación y contra las libertades, qué ganaba con esto el hogar cristiano, no imaginamos cómo habrían de contestar.

No podríamos sentar de una manera inequívoca que la neutralidad en las contiendas civiles sea concepto estratificado en el alma antioqueña; lo que sí podemos apuntar es, que era la indicación más acorde con su estructura psicológica, y que, de 1860 en adelante, en la mayor parte de las guerras ha sido sugestión anónima, de esas que lanza la intuición popular y que harían la gloria de un caudillo fiel intérprete de los sentimientos é intereses de su patria. Quien examine atentamente esta raza, nos parece habrá de convencerse de que forma un pueblo refractario á la guerra civil, y de que han contrariado su naturaleza quienes, aprovechando su celo por la religión y la familia, lo han lanzado en guerras cuyo triunfo venía precisamente en mal de la familia y de la religión. Por eso, la nota saliente en la política del Dr. Berrío consistió en haber sabido conservar y fomentar la tendencia pacífica de la raza. Al llegar aquí, leemos en la “Biografía del Dr. Rafael María Giraldo, obra del respetable escritor D. Abraham Moreno: “Mientras se obtenía la aprobación de este tratado, Antioquia, creyendo en las promesas de Mosquera, quiso volver á sus faenas pacíficas, y de allí surgió nuevamente aquel insidioso sofisma de la neutralidad, en que quiso envolverla por los más conspicuos liberales, partidarios vergonzantes de la revolución, y por algunos conservadores meticulosos”. En todas las guerras posteriores resulta el llamado sofisma insidioso, siempre desatendido y siempre con las mismas funestas consecuencias. Hoy, si llegara el caso, nosotros seríamos de esos liberales

vergonzantes, por la íntima convicción de que esa neutralidad no sería insidia, sino reclamo íntimo de una raza hecha para la paz.

Al observar cómo los elementos constitutivos de esta raza son de por sí infranqueables, nos hemos preguntado si no sería más patriótico concentrar para la paz y el trabajo las energías que se derrochan en luchas religiosas imaginarias puesto que el enemigo no parece, las que se gastan en divisiones políticas cuyos triunfos, de uno ú otro lado, han venido en menoscabo del propio terruño; si, siendo inviolables por el querer de Dios y la consagración del tiempo nuestros apuntados caracteres psicológicos, no haremos traición á nuestra raza escandeciendo diferencias lugareñas para hacer creer que iremos algún día á defender la religión y el hogar, prevaliéndonos de lo único que conmueve la neutralidad pacífica de nuestro pueblo, para traerle en realidad nuevos desastres.

Además; ¡cuánto ganaríamos, si al cabo nos convenciéramos de que “fueron las invasiones pacíficas, y no las guerras”, las que dieron la preponderancia á las verdaderas razas! La nuestra está aún en estado de atraso que pide muchos perfeccionamientos. ¿Por qué no acrecentamos el acervo de sus cualidades, en vez de consumir energías en destrucciones estériles? Démonos cuenta del grado de su alma, y sumemos á sus ideas cardinales otras y otras, que sus virtudes la harán respetable y simpática, y su vigor intrínseco la dará el triunfo.

## VI

Al asentar nuestra opinión de que el pueblo antioqueño es esencialmente pacífico, mucho nos han hecho vacilar los pueblos del Sur, en los que se ha manifestado algún espíritu belicoso. Las tradiciones les imputan á ellos casi exclusivamente la guerra del 76, y, si algún crédito han conseguido los antioqueños como valientes, son los batallones de esa región los que han sobresalido con mayor frecuencia. Creemos, sin embargo, que esas tendencias belicosas han sido producto eventual de circunstancias geográficas, que no connaturalización con la idea de la guerra, ni tendencia inconsciente á empuñar el rifle para resolver las dificultades de la vida asociada.

Dos cosas pudieron influir en la belicosidad de los sureños. Debió de ser la primera, la cercanía de pueblos que se presentaban como antagónicos; la segunda, el que su territorio fuera

la entrada para los que lograron, merced á nuestras desgraciadas luchas, hollar nuestro territorio, sembrando en él justos motivos de enemistad. Por eso, los pueblos del Sur de Antioquia vivían apercebidos para la guerra, aun en medio de las más tranquilas labores –que eran las habituales- y el peligro del adversario había fomentado el conato de unión para la defensa armada. Hasta cierto punto, vivían bajo la presión de un enemigo común, que, como hemos dicho yá, es buen estímulo para despertar el alma de los pueblos.

Esto explica también por qué el Departamento de Caldas adquirió tan rápidamente personalidad propia en la familia colombiana. La última guerra fue una demostración de que la frontera de Antioquia había traspasado con mucho la línea del Chinchina. Las grandes energías acumuladas en Manizales para la defensa, dado el caso de una nueva invasión, no fue menester se concentraran en la antigua trinchera, y ejercitaron su fuerza expansiva fuera de la casa sin el menor riesgo de que ésta se viera nuevamente hollada. Así, nos parece, ha llegado Manizales á ser mayor de edad y se ha emancipado por ministerio de su impulso, sin el menor asomo de habilitación graciosa.

Manizales confirma de manera muy halagüeña lo que hemos dicho sobre el vigor de esta raza y sobre lo que puede la unidad de acción para el progreso de un pueblo. Merced á las circunstancias apuntadas, ó á las que indiquen otros más versados en estas cosas, Manizales ha convertido el conato de la lucha contra amenazas extrañas en conato por el progreso en todas sus formas. Es lo que nosotros hemos ideado para los nuéstrs; hacer converger toda clase de energías hacia un ideal patriótico, y educarnos para la raza y para la Patria, sin escuchar á los acólitos del infierno, sembradores de odios en cuyas llamas perezcamos todos. No se puede negar que, por este aspecto, Manizales nos ha cobrado grandísima ventaja. Los mismos sueños de que aquí suelen burlarse los hombres listos, deberían hacernos pensar un poco. Dícese, en efecto, que los manizaleños rivalizan á los medellinenses con una Manizales que llevan en la imaginación. Tienen razón ellos, á fé. Mientras los medellinenses lloran sobre el Medellín de los higerillales que esperan cobardemente, los manizaleños no encuentran en parte alguna modelo que satisfaga sus sueños de progreso. A nosotros no nos parece simplemente hermoso ese soñar manizalita; admiramos desde luégo lo conseguido, y vemos con respeto esos ideales de hombres de pelo en pecho que mañana tendrán como realidad lo que hoy sueñan. No vemos lo que aún es Manizales; esperamos lo que será mañana, si siempre en tan hermosas zonaciones ha de estar unido en selecto grupo de hombres ilustres, que es florecencia del tallo de una raza capaz. No hiera el cosmopolitismo sus entrañas, no pierda la unidad de aspiraciones bajo el

gitanismo individualista, ni ensangrienten divisiones traidoras la blanca majestuosa con que el Ruiz la aureola, y Manizales será un sueño realidad. En asuntos de progreso, la fé no consiste en creer, sino en crear.

## VII

Creerán algunos que es mezquino el concepto que tenemos del alma de esta raza, pues que le hemos puesto sólo dos ideas características: la religión y la organización de la familia, como bases uniformes y fundamentales de su psicología. Claro es que nuestro patriotismo se vería más halagado con un número mayor, y á ello nos ha tentado; pero es lo cierto que no hemos podido encontrar una más que se halle debidamente justificada. Y el autor cuyas ideas vamos tratando de aplicar, no da asidero para otras. Sírvanos de consuelo el que á la Europa de la Edad Media le asigna como única base de sus grandiosas manifestaciones en el Arte, en la literatura, y en la concepción entera de la vida, las dos ideas: religiosa y feudal. Pareciéndonos á nosotros que en las conquistas del pueblo romano fueron muy eficazmente secundadas por su espíritu eminentemente legislador, nos hemos visto tentados á sentar como tendencia nativa antioqueña la de reglamentar y someterlo todo á leyes muy acordes con el común sentir de la gente culta, ó muy propias para conseguir la ordenación á un fin en las materias sujetas á su dominio.

El antioqueño, en efecto, es el ser que posee más rara facilidad para hacer reglamentos que den buen resultado en las empresas, y una intuición más poderosa para orientarse en asuntos de legislación. Sin que los primitivos legisladores hubieran trasegado aún los comentarios y explicaciones sobre los modernos Códigos, aquí se copiaron y aplicaron con criterio científico, y hay leyes originales en que pasan la previsión y la armonía. Pero, no es esto solo, son relativamente escasos los hijos de estas montañas que no tienen nociones muy acertadas sobre Derecho, al menos en lo que les atañe directamente. Por eso, precisamente, son aptos para el comercio y los negocios, pues no se reducen á ejecutar bien la transacción, sino la aseguran como es debido en Derecho. Si todas las transacciones no se rodean de las formalidades legales, no es por ignorancia; débese á la misma confianza con que tratan á la ley, haciéndola esclava de sus pareceres, ó por desembarazarse de impuestos fiscales. Hay cierta

generosidad de buena ley, cierto riesgo hábil, y aun algo de competencia inteligente, en esto de creerse dueños de hacer la escritura cuando lo indiquen las circunstancias.

Por supuesto, también resulta de este espíritu legalista un inconveniente confirmativo, cual lo es el de la chicana. Bien sabido que las ideas suelen servir á los hombres para justificar sus procedimientos y defender aspiraciones, y es natural, por tanto, que en un pueblo en donde son comunes las nociones legales haya grande aptitud y frecuente tendencia á hacer aplicaciones favorables al propio interés particular, de donde se originan hábiles tergiversaciones del Derecho. En todo caso, el pueblo antioqueño tiene marcadas aptitudes para entender las leyes, para dictarlas y para desvirtuarlas, y una intuición reglamentadora harto notable. Como el pueblo romano, á donde quiera que viaja lleva sus propias leyes.

Sin embargo; no nos hemos atrevido á admitir como cualidad ingénita de su alma este espíritu legislador, y como idea sustantiva que haya hecho el tránsito de lo consciente á lo inconsciente. Parécenos más bien una cualidad adjetiva y mudable, sugerida acaso por la religión, y sujeta á la organización de la familia. En la primera encuentra datos suficientes para una orientación justa; en la segunda están los motivos determinantes en la escogencia y aplicación de estas nociones. No encontramos una idea social independiente de la familia que sea antemural de las invasiones individuales. La propiedad particular, por ejemplo, y los derechos individuales relacionados con ella, no pasan de ser accesorios del hogar; pero en derechos políticos y garantías ciudadaniles, no hay uno solo que no pueda zarandearse impunemente, sin tocarnos el alma, porque de ella no hacen parte.

Sea como fuere, la aptitud legislativa y reglamentaria de esta raza, á pesar de los graves inconvenientes que presenta en la vida social, siempre es una cualidad que influye en su preponderancia, y, que bien dirigida y desenvuelta, podría ser fundamento de progresos efectivos. Ninguno mejor que un pueblo orientado en achaques de Derecho y de reglamentación, está en condiciones para sumar á su psicología la noción cuya ausencia es causa de que todo progreso humano sea frustráneo; la noción de justicia social. Y si es verdad que la raza antioqueña tiene las condiciones que les han dado la supremacía á otras en el mundo, definiendo y concretando en ella como parte de su alma la noción de justicia social, no sólo sería la más feliz y respetable, sino estaría al abrigo de la decadencia en que el egoísmo individualista ha sumido á tantas razas poderosas.

## VIII

Muy á pelo nos viene la queja de Marinilla, consignada en un suelto de “El Estímulo”, el cual tuvimos la honra de reproducir en nuestra edición anterior. Se afirma allí que no podrá presentarse Marinilla airosa en la formación del catastro, porque, con miras políticas ó por la creación de nuevas poblaciones, ha sido mermado su territorio, Poco há publicamos también las quejas del Retiro por el abandono, reparado hoy en parte, en que yacía en achaques de administración, y por el complicado descuartizamiento que le hacía depender de varias provincias, según los distintos ramos; judicial, de notario, etcétera. Ha sido singular la suerte de estos Municipios y otros, como Abejorral y Envigado, en donde residen las cepas de lo más granado de la raza antioqueña.

En Marinilla se fijan ahora en el contingente de territorio que les han quitado pueblos de nueva fundación; y, sin embargo, es de mayor peso en pró de la benemérita ciudad el tributo de hombres para los pueblos recientes, porque es en verdad prodigiosa la manera como los marinillos han convertido montes eriales en poblaciones florecientes, ó nutrido de pobladores aldeas antes infelices. Esa es, á nuestro modo de ver, la causa de estancamiento aparente de estas ciudades tan prolíficas, así en varones ilustres como en esforzados trabajadores; toda la savia se ha derramado por el País, alentando otros y fundando pueblos nuevos. Marinilla no es sólo el Distrito de este nombre; es toda la Provincia oriental y gran parte del Suroeste de la antigua Antioquia, buena porción del Tolima y no poca del bajo Cauca. Lo mismo sucede con Abejorral, de donde han salido los Arangos, Villegas, Gutiérrez, y tántos otros, que hoy son la flor y nata de Manizales.

El Retiro no es menos digno de atención. Hay allí una cría de guarceños que, con los marinillos, forman el tipo especialísimo del antioqueño. ¿Cómo se forman en el Retiro estos guarceños inteligentes, sobrios, y esforzados; esos caracteres sostenidos y ágiles, que fundan en el Quindío un pueblo con la misma facilidad con que cargan y descargan sus acémilas? Pues, mire Ud; aquel arriero que entre reniegos y chistes, remangado hasta arriba de la pantorilla, va orillando con su recua los fangales camino del Puerto, es el mismo caballero de maneras aristocráticas con quien topa Ud. cualquier día en el Club, correctamente vestido, y el mismo que á la hora menos pensada le zanja las dificultades de un negocio intrincado con una solución ingeniosa. Son los guarceños los que han popularizado –y como inventado por ellos corre- el sabio avalúo pericial dentro de los límites del pedido y la oferta; es decir, que si Ud. ofrece diez

mil pesos por un objeto que el vendedor estima en quince mil, el experto sentencia el precio obligatorio de la venta dentro del pedido como máximo y la oferta como mínimo. ¿Es la arriería profesional lo que da al guarseño esa facilidad de trato con la gente, despertando su inteligencia, esa facultad de mudarse y establecerse, ese brío para descuajar montes y *vestir* una finca? Quizá no se necesite hojear muchos textos de Sociología para saber “que la educación física es el principal origen de la energía moral”. Estudiando á fondo las costumbres guarseñas, si al fin el desaliento ha de seguir amortiguando la educación universitaria, en el Retiro podríamos robar el secreto para hacer hombres cual los necesita Colombia.

Y, volviendo al comienzo de este escrito, concluiremos que, si no se han dispensado al Retiro y á Marinilla los favores que merecen como principales cepas de la raza antioqueña, ello se debe sin duda al papel que han desempeñado como centros de cultivo de caracteres expansivos; están suministrando vigor para otros pueblos pregoneros de su honra, mejor que pudiera hacerlo humano vocerío. En la actualidad se mira con palpable injusticia sólo el que pierdan savia, sin tener en cuenta la eficacia con que la suministran. Puede que al cabo vengan las reparaciones que solicita Marinilla, y que tanto como ella merece el Retiro.

## IX

Nos ha parecido interesante, si queremos fundar algo sólido en el País, estudiar las condiciones de los distintos pueblos que lo forman, ver en dónde reside la fuerza de cada uno y endilgarla correctamente, determinar sus más perjudiciales defectos y tratar de combatirlos, y, sobre todo, armonizar unos pueblos con otros, de modo de evitar colisiones que pudieran acarrear desastres á la Patria común. Si de este estudio resulta, por ejemplo, que tienden á establecer pugnas de pueblo á pueblo, la sabia labor del Estado no podría nunca consistir en establecer el equilibrio debilitando al que parezca más fuerte, por la sencilla razón de que en asuntos sociales el equilibrio artificial es inestable. Trataremos de explicarnos mejor; si suponemos una raza en pleno desenvolvimiento, que, además de una fuerza reproductiva exuberante, manifieste condiciones psicológicas que sean base uniforme de apoyo á caracteres de energía para el trabajo, de altivez é independencia, de exclusivismo en sus fueros, y de expansión sostenida, esa raza tendrá elementos de unidad que no habrán menester sino una causa suficiente para tornarse bloque inexpugnable, porque, aunque sea vencida en lides parciales, cuenta con elementos para resultar más vigorosa luégo de cada desastre. Contra un pueblo de tales condiciones no habrá más poder eficaz que la mezcla con otro que las posea en

grado superior. Coaliciones contra un pueblo de éstos, que es lo que llamaríamos equilibrio artificial, nada valdrían, porque sería sumar el motivo del enemigo común á los otros de unificación que la supuesta raza tuviese de suyo; lo que tarde ó temprano vendría á ser causa de mayor desequilibrio posterior, en contra de los aliados. Antes creemos que á las razas superiores les conviene la compresión para compactarlas y obtener expansiones más poderosas, llegada la acumulación de fuerza á un grado preponderante.

De modo que, si en el País resultaran unos pueblos más fuertes que otros, la compresión de los primeros no traería otra consecuencia que preparar la completa extirpación de los últimos. Parece que no hay otra manera de debilitar una raza, sino procurando sea pacíficamente invadida por otra de superiores cualidades. O, también, introduciendo en lo que constituye su sér íntimo, que es la vida del hogar, influencias forasteras, que produzcan en los matrimonios la sensación constante de cuerpo extraño. En una palabra: el cosmopolitismo colonizante, ó el disolvente.

Pero, como hasta ahora no se ve el supuesto de que quiera debilitarse á ninguna de las razas crecidas en el suelo colombiano, hemos querido provocar esta clase de estudios, porque estamos ciertos de que en cada pueblo se pueden desenvolver á más y mejor sus propias cualidades, y en todos, la armonía que encadene las distintas energías en beneficio del País. Además: este estudio, á ser completo, nos daría la medida de las necesidades y sistemas educativos, del un lado, y del otro, la dirección política en que los distintos matices de la raza deberían conservarse siempre unificados, ya por la intelección de un bien común atrayente, ya por la repulsión de un mal común capaz de producir la deseada unidad.

Por lo que hace á nuestras noticias personales, en Santander hay una raza muy semejante á la antioqueña, si bien se ha hecho sentir por un espíritu público muy superior al nuestro en todas las épocas de nuestra aciaga historia. En la mayoría de los habitantes de la Costa hallan los antioqueños inapreciables simpatías, que no sabemos si vendrán de semejanza de caracteres ó de la exquisita cultura de esos pueblos. Poco sabemos de los industriosos y valientes pastusos, y apenas podemos imaginar lo que serán, en cuanto á condiciones psicológicas, por la semejanza política de ese pueblo con el nuestro. Ambos son profundamente conservadores, aunque ellos hayan sido más francos.

Y, en efecto; no podría menos de ser eminentemente conservador un pueblo de contextura tan rígida como el nuestro, porque es cualidad de los que tienen organización como éste no padecer mutaciones intrínsecas al contacto con otras civilizaciones y otras ideas. Antes, al contrario, no se acepta, en tales condiciones, sino aquello que, bien ensayado, se ve notoriamente puede adaptarse á las costumbres y contextura del pueblo, sin causarle la menor modificación. Para explicarnos en términos más claros, aunque un tanto exagerados, diremos que aquí no se acepta una máquina cualquiera, pongamos por caso, sino cuando nos hemos convencido de que tal máquina se presta al bautismo católico, apostólico, romano, y que en nada perturba el santuario del hogar.

Parecer un contrasentido afirmar que este pueblo es inteligente y á la vez refractario al progreso, que es lo que en síntesis representa este conservatismo sistemático de los antioqueños; y, sin embargo, ninguno de los dos hechos puede negarse; es inteligente, y es refractario á toda innovación. Talvez se explique esto por el grado de atraso y de ignorancia, ó por las continuas luchas civiles que han contribuído á despertar preponderadamente las fuerzas defensivas sobre el genio de progreso, más propicio éste sin duda á la tranquilidad de la paz que al ambiente de la guerra. Lo cierto es que de nuestro esfuerzo social aparece como resultante una habilidad superlativa para la defensa contra todo lo que no nace espontáneamente, como el helecho de nuestra colinas, símbolo raizal de la rutina. Así, la más alta manifestación de nuestra inteligencia como pueblo consiste en la sutileza del análisis de hombres, teorías é instrumentos de trabajo, con el ánimo de no dejarnos engañar. La astucia para la defensa representa la más alta cumbre de nuestro intelecto. Usando una frase de nuestro expresivo lenguaje, diremos que no nos dejamos *meter la gómez*. Somos, en suma, un pueblo *désabusé*, y el exponente de nuestra intelectualidad consiste en la resistencia á aceptar nada extraño, ó á aceptarlo modificado yá y adaptado a nuestro modo de ser.

Por esta razón quizá, las ideas liberales han padecido aquí modificación tan profunda, que mientras más atrevidas se manifiestan en la forma, es decir, en las palabras, en el fondo son más reaccionarias y conservadoras. No han tenido la fortuna de las máquinas de coser y de desgranar maíz, que, tras penoso proceso, vinieron al fin á marcar un adelanto. Nó. Los caracteres más conservadores entres nosotros residen precisamente en los hombres que manifiestan más avanzadas ideas. Como si la conciencia les acusase de pecado en las ideas, restablecen el equilibrio, lavan el pecado, con una conducta particular libre en absoluto de las

máculas liberalescas. Nos explicamos de este modo la rigidez ante programas idos á la mar. Profesar un liberalismo hoy imposible en el País, es ser más que conservador, porque es querer alejarle al partido posibles esperanzas. Los conservadores sólo desean que las ideas liberales no triunfen. Los liberales exagerados quieren más, puesto que desean que nuestras ideas sean tales con respecto á la hora actual del País, que se aleje la posibilidad del triunfo. En otros términos: cuando los primeros se contentan con que marquemos el grado cero en el termómetro de la Nación, los segundos creen que debemos marcar menos cien grados.

Y esta exageración no estaría mal si fuese á hilo con los modernos rumbos liberales, pues nada hay más cuerdo que exagerar para buscar en la resultante un mínimo posible de aspiraciones; pero la exageración va hacia sistemas muertos, hacia un pasado caído en descrédito.

Es ésta la forma en que el liberalismo antioqueño ejercita su espíritu de defensa contra los nuevos rumbos, ingenioso y elegante; suspirando por un pasado muerto. Exacta manera de disimular el reaccionismo, de cerrar el paso á nuevos caminos de ser *désabusé*. Para conservadores, podría decirse plagiando una expresión feliz, los liberales de Antioquia. Un paso nos faltaba, y vamos tanteando con maña el modo de darlo; creer que los empleos públicos pertenecen á la justicia distributiva, y demandarlos imperativamente, según nuestros méritos.

En fin; estas apariencias de liberalismo en un pueblo orgánicamente refractario á las ideas liberales, son las que hemos tenido en cuenta para decir la semejanza reaccionaria de este pueblo con el heroico y laborioso pueblo pastuso, y para decir que el nuestro es menos franco en su conservatismo.

## XI

Labor bien difícil es, por tanto, conseguir un progreso efectivo, que represente algo más que vana palabrería ó intentos legislativos con la mira de variar artificialmente el curso de las cosas. Penetrando un poco en la índole de esta gente, y á ser ciertas las premisas que hemos dejado atrás, podemos ir á la conclusión de que cualquier adelanto que se proponga ha de tener como bases ineludibles el sagrado de la religión y el respeto á la familia, como santuario y fuente de energía moral. Todo amago contra la religión o en menoscabo de la familia, si no produce

guerras ó agitaciones inconvenientes, habrá de encallar contra la roca que forma la psicología de una raza. Fracasarán las tentativas por quebrantamiento violento ó por esfumación.

Algunos han creído que una inmigración abundante modificaría nuestro carácter y haría posible un progreso rápido en ideas y en medios materiales. De lo que llevamos dicho se desprende que este pueblo, en presencia de otro, lucharía hasta eliminar ó adaptar al invasor, salvo que éste tuviese la fuerza necesaria para sorbernos; cosa que en manera alguna puede desearse. Aunque en esta misma hoja se han publicado artículos en que se provoca el tema de la inmigración extranjera<sup>1</sup>, nosotros hemos prescindido de expresar nuestra opinión sobre la conveniencia ó inconveniencia de ésta, convencidos íntimamente de que nuestra raza no se deja colonizar. De otro modo nos opondríamos á que ella fuese reemplazada por otra, pues no vemos la ventaja de hacer ahora nosotros por nuestro gusto el papel de los aborígenes respecto de los españoles, so pretexto de civilización. Tenemos elementos para civilizarnos y llevar fuéramos nuestra acción, y en este sentido deseamos ejercitar nuestras fuerzas y en el de rechazar toda acción invasora, sea pacífica, sea violencia.

Lo difícil es determinar, dadas las distintas condiciones de nuestro pueblo y su naturaleza íntima, cuál es la dirección en que orientarse su progreso intelectual y moral, y qué medios debe emplear para realizarlo.

Desde luégo, descartamos como tal el aullar intenso de los que se erigen en defensores laicos de la religión, ó en guardianes supernumerarios del santuario del hogar. Dada la estructura de nuestro pueblo, si es atrevido indicar una orientación por la cual pueda ir en su desenvolvimiento más allá de donde han avanzado otros pueblos de la tierra, no es tan arduo darse cuenta de su organización actual, comprender que aquí lo son todo la religión y la familia, y echarse á gritar en defensa de estos ideales, ó explotarlos con fines políticos, industriales, ó de otro orden cualquiera. Ahí tienen camino fácil, carrera brillante, los intensos, los estanquilleros de las cracias sociales, y los que quieran tener algún poder para suscitar conflictos en que el triunfo esté de su parte. Con sólo un sentido vulgar se llega á olfatear que hay hogares elevados al rol de ara sagrada. Lo demás, es tarea de albañiles. Se consigue así una fuerza ante la cual el mismo Gobierno trepida. Poniendo á retaguardia la contextura férrea de la raza, cualquiera hace el redentor y consigue influencias aparentemente capaces de robar el rayo al cielo.

---

<sup>1</sup> En los artículos del Dr. Fernando Vélez sobre FOMENTO DE LA MINERIA..

Para nosotros los fueros de este pueblo son algo que se ha cristalizado en largos siglos de labor, muy á pesar de las aventuras basadas torticeramente en la defensa de tales fueros, y algo que se defiende y triunfa por sí solo, en que los defensores de oficio no hacen más que arrogarse un triunfo inmerecido por una defensa inútil. Más adelante diremos cómo entendemos el progreso de la raza.